

'El Tango de la Guardia Vieja' La memoria europea, la belleza, los amores turbios y la vejez afloran en la nueva –y mejor– novela del autor. Nos la explica

Pérez-Reverte, romántico y tanguista

SERGIO VILA-SANJUÁN

“En la nueva novela aparecen varios ingredientes habituales de mi obra; aventura, intriga, ajedrez... Pero esta vez constituyen únicamente el decorado. Lo que realmente me interesaba es la historia de amor que se plantea”.

¿Pérez-Reverte romántico? Para quienes tengan una imagen unidimensional del escritor basada en el capitán Alatraste, los tercios de Flandes, las batallas navales, el reporterismo de guerra y la épica por encima de todo, puede resultar una idea chocante. Los que consideran obras como *La piel del tambor* o *La carta esférica* entre lo mejor de su producción recordarán que el escritor de Cartagena ya ha desarrollado otras veces el encuentro entre un protagonista valeroso y escéptico y una heroína atractiva e independiente. En *El Tango de la Guardia Vieja* (voy a decirlo ya: la mejor novela de su autor) que aparece esta semana, ha potenciado al máximo este esquema argumental, desplegado en tres tiempos de la vida de los protagonistas y, con gran detallismo atmosférico, en los ambientes del Buenos Aires canalla y de la Costa Azul y la Costa Amalfitana de la *jet set* de los años treinta y sesenta.

Hablamos de todo ello con Arturo Pérez-Reverte en su casa de las afueras de Madrid. Más concretamente en el amplio estudio-biblioteca donde elabora sus tramas, entre viejos volúmenes con elaborada encuadernación de bibliófilo, cartas de navegación, elementos tóxicos de la cultura popular (como las efigies de Tintín y Milú), recuerdos de viaje y piezas de anticuario que nos remiten al mundo de las armas, de las letras de antaño o de la navegación. Ha creado para su trabajo diario un microcosmos donde el visitante podría pasar horas hipnotizado, y en las estancias contiguas se prolonga con

colecciones de figurillas militares del siglo XIX, pistolas, un sable de la guerras carlistas, cuadros del pintor de temas bélicos Ferrer Dalmau, objetos personales de un antepasado que fue granadero en Waterloo, un casco de buzo de cobre brillante, sextantes, un busto de Napoleón, numerosas maquetas de barcos (“de lo que yo entiendo de verdad es de navegación del siglo XVIII, me dice”). He aquí, concentrado, todo un universo de referencias a la imaginación, la aventura y el viaje: el Museo Imaginario de Pérez-Reverte. En cambio las dos mesas de trabajo que utiliza, no muy grandes, están bastante despejadas, reflejo de una utilización ordenada y funcional.

Veinte años después

Pérez-Reverte es un autor productivo que escribe rápido. Por eso llama la atención encontrar, al final de la obra, la referencia “Madrid, enero de 1990/Sorrento, junio de 2012”. ¿Un libro redactado a lo largo de veintidós años? “En 1989 estaba en el hotel Alvear de Buenos Aires –explica– y acudí a un espectáculo nocturno, donde una pareja bailaba tango. Al acabar, el chico sacó a una señora del público, y la chica al marido. Bailaron maravillosamente, con aplomo y elegancia. Me vino entonces la idea de escribir sobre el tango en un doble sentido, como música de una época desaparecida, y también como un remedo de acto sexual elegante y público, con falsa sumisión de la mujer ya que en realidad es ella la que manda. Empecé una novela, de la que redacté treinta o cuarenta páginas. La dejé y me puse con *El club Dumas*. Desde entonces he estado acumulando material y finalmente he podido escribirla ahora, cuando ya tengo canas en la barba, veinte años más, y mucha mayor experiencia también”.

Esos “años y experiencia” son determinantes en la filosofía de la narración, al acumularse sobre unos protagonistas, Max y Mecha, de quien en repetidas veces se nos evoca la belleza y apostura. “En esta novela el amor tiene un aspecto físico muy importante. A más belleza, más seducción y más carnalidad. Pero luego todo eso se desmorona, ves las arrugas, las marcas en la piel, ves como esos cuerpos tan deseados se han marchitado como se marchita el tuyo. Esto no hubiera podido escribirlo con treinta y nueve años. Es una novela resultado de toda una vida”.

Sin querer competir con la rampiona *Cincuenta sombras de Grey*, el amor carnal de *El Tango de la Guardia Vieja* está repleto de ángulos turbios, novedad en su trabajo: “Necesitaba una carnalidad no convencional, sin caer en la pornografía ni en el mal gusto, Y de forma que todos los lectores pudieran moverse sin rechazos por la historia”. Al desmoronamiento del cuerpo de los protagonistas le correspon-

“He tardado más de veinte años en escribir esta novela porque me faltaban canas y experiencia”

Libros de bibliófilo, objetos militares y maquetas de barco pueblan su estudio-biblioteca



“Necesitaba una carnalidad y un sexo no convencional para explicar el deterioro de los cuerpos”

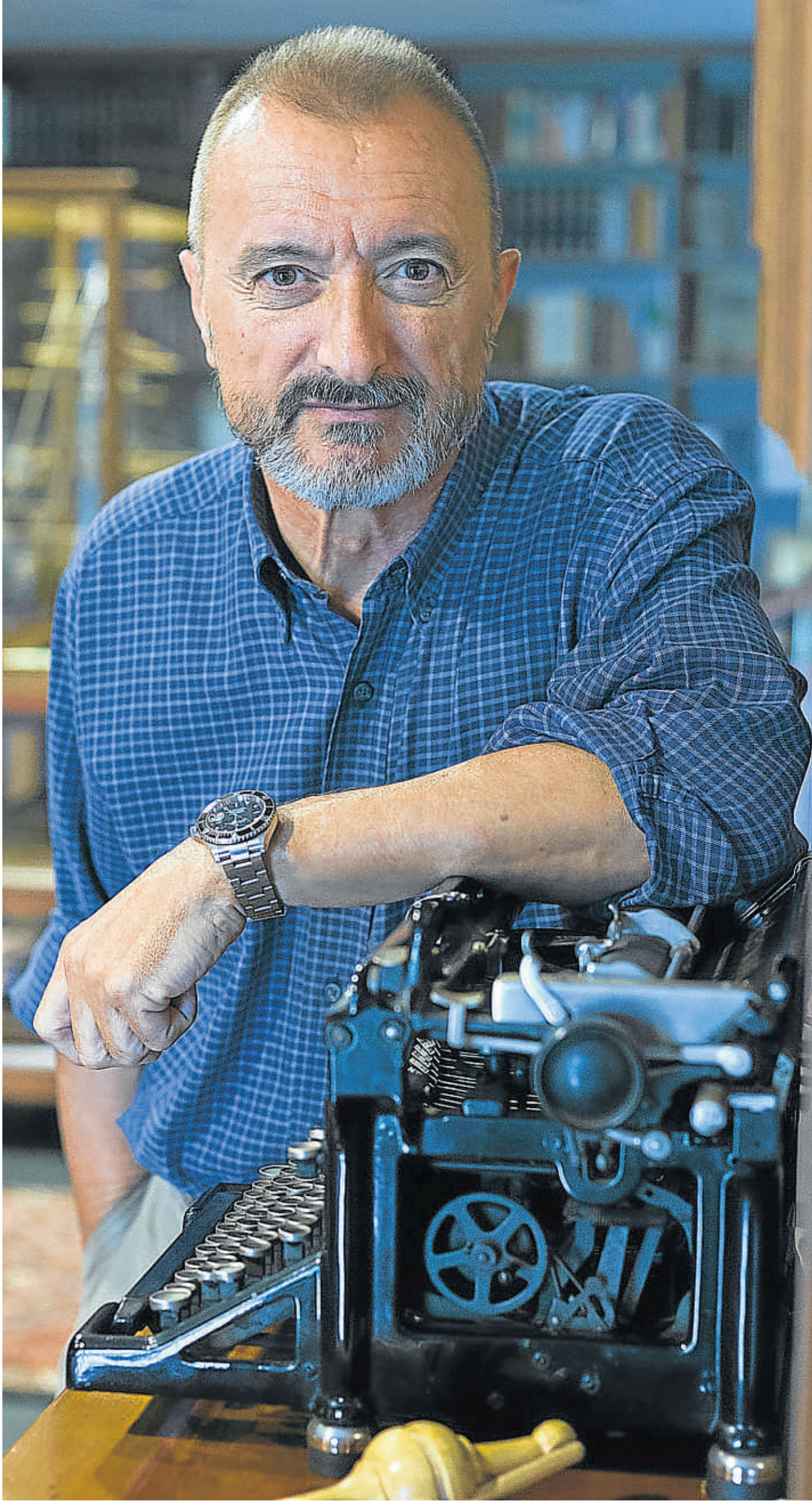
“Unos ‘especialistas’ me enseñaron a abrir cajas fuertes al tacto. Fue una gran experiencia”

Arturo Pérez-Reverte, fotografiado con una vieja máquina de escribir en el estudio-biblioteca de su casa madrileña. A la derecha, uno de los taburetes del estudio

DANI DUCH

PATROCINADO POR





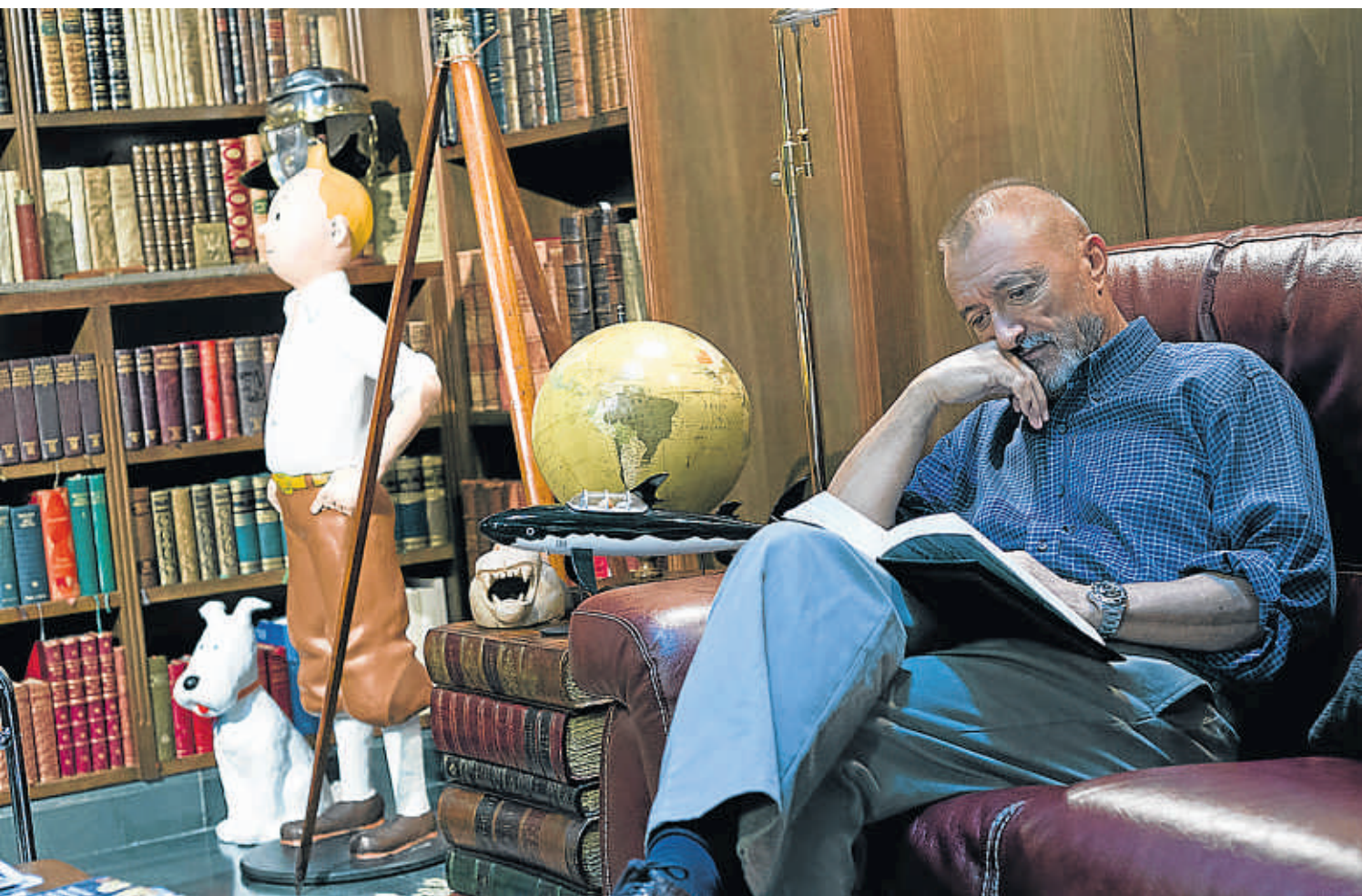
de el de una Europa de grandes hoteles, trasatlánticos y ambientes lujosos: “El mundo en el que vive Max era bello pero injusto e insostenible. Para él resulta terrible darse cuenta de que aquello donde le ha costado tanto llegar se está acabando. Yo no he intentado generar nostalgia, al contrario, quería mostrar el rencor que había bajo la pechera de un camarero y a la vez mostrar a la gente que camina por estos salones sabiendo que todo estaba preparado para recibirles. Es el final de un mundo, no mejor que el que tenemos ahora, pero con mejores maneras”.

Un intenso trabajo de documentación estaba en el menú: “No es lo mismo que una mujer se vista de Poiret que de Poitou, de Schiaparelli que de Hermes. Ni que él lleve un traje de Savile Row o de Almacenes Arias. Este detallismo ha de estar allí para que lo encuentre el que sabe, y el que no sabe lo intuya. Por supuesto solo he empleado una parte del material que tenía”.

Mejor documentarse que escribir

En su investigación, “me he pateado mucho Buenos Aires, la Costa Azul, Sorrento... Sentarte en el ‘Café de París’ de Montecarlo con un vermut, ver a tus protagonistas en movimiento, hacer lo que ellos hacen e ir amueblando los escenarios actuales con tu imaginación es una experiencia estupenda”. Da la impresión de que se lo pasa mejor documentándose que escribiendo. “¡Claro! Estar en un hotel bonito, perderse por ciudades desconocidas y este tipo de cosas es como seguir jugando, volver a la niñez imaginando que vives aventuras. Pero al final tengo que sentarme y escribir porque es lo que justifica todos esos viajes, comidas, gastos de desplazamiento...”

Entre lo que encontró mientras preparaba *El Tango de la Guardia Vieja* figura una lección práctica de abrir cajas fuertes. Pérez-Reverte sonríe como un niño pillado en falta... “Acudí a ciertos especialistas en la materia, que ya estaban retirados, tomamos una copa y trabamos una relación cordial. Me llevaron a un sótano donde tenían más de treinta cajas fuertes, unas reventadas, otras sin reventar, había de todo... Primero hicieron una demostración y yo tomaba notas, luego me dijeron si quería probar, al tacto. Lo intenté con una caja antigua, con las modernas es mucho más complicado. Se oía el clic, y a los cuarenta minutos conseguí abrirla. Haber tenido a los 61 años esta experiencia es una de las cosas buenas que me ha dado esta novela”. El ajedrez, una constante en su literatura, reaparece en estas páginas, “me gusta mucho aunque soy un jugador mediocre. Mi afición se la debo a mi padre; uno de mis recuerdos de infancia es verle jugando en el tablero con su amigo Paco; para mí aquello era un misterio. y muchas de sus actitudes >



Arturo Pérez-Reverte, leyendo en su estudio madrileño junto a las efigies de Tintín y Milú

DANI DUCH

> me han servido para diseñar el personaje de Max. No las delictivas, claro. También le gustaba el tango, era la música de su juventud. El ajedrez me daba un pretexto narrativo para la tercera parte de la novela, como en la segunda lo era el espionaje y la Costa Azul". ¿Qué simboliza el ajedrez? Yo creo que permite captar las misteriosas reglas del juego de la vida. El bien, el mal, el asesinato, la muerte, el amor, el odio, todo está ahí..."

Si le preguntas que autores han gravitado sobre él al redactar *El Tango de la Guardia Vieja*, contesta con displicencia: "toda mi vida lectora, mira mi biblioteca...". Hace una pausa y continúa, más animado: "Pero hay unos libros de época, de los años veinte y treinta, que me han servido para encontrar el tono: los de Blasco Ibáñez, Somerset Maugham, Paul Morand, E. Phillips Oppenheim... También he visto muchas películas, las de Louise Brooks, Von Stroheim, Greta Garbo... No para obtener algo muy concreto sino para crear un estado de ánimo, una actitud a la hora de valorar gestos y costumbres".

Hacia el final de la charla, me enseña unos cuadernos con anotaciones como "zapatos caros de 100 francos", "demostró que sabía disponer de una comida", "tomamos chocolate caliente"... Mapas, guías, un plano de la Niza actual y otro de los años 30, un folleto del Negresco... Acabada la entrevista, me levanto del sofá y devuelvo a Pérez-Reverte el tablero de ajedrez que me ha brindado como punto de apoyo para tomar mis notas. |

Arturo Pérez-Reverte
El Tango de la Guardia Vieja

ALFAGUARA
504 PÁGINAS
21 EUROS

'El Tango de la Guardia Vieja' Un baile novelesco en torno a la relación de una pareja de amantes a lo largo de tres momentos decisivos del siglo XX

Las nieves del tiempo

ENRIQUE TURPIN

La buena elección de un epígrafe puede convertirse para el lector en la puerta de entrada a un mundo de anhelos y desvelos, de sorpresas, afanes compartidos y placeres que llegan a traspasar las páginas de algunos relatos. Arturo Pérez-Reverte elige para su última novela al Conrad de *Entre mareas*, y ya no hay vuelta atrás. Uno quiere entonces saber, ser testigo de la fiesta que promete la cita que encabeza *El Tango de la Guardia Vieja*: "Y sin embargo, una mujer como usted y un hombre como yo no coinciden a menudo sobre la tierra". No puede contarse más en menos espacio. El decoro obliga a no añadir mucho a una historia en la que el azar que empareja a los protagonistas hará que coincidan en tres ocasiones en el mundo.

Veinte años le ha costado al autor de *La Reina del Sur* atreverse con las andanzas de Mecha Inzunza y Max Costa, más por honestidad personal que por incapacidad

profesional. Lo que cuenta este tango novelesco es la relación intermitente de una pareja de amantes a lo largo de tres momentos decisivos del siglo XX: el Buenos Aires de 1928, la Riviera francesa de 1937 y el Sorrento de 1966; o lo que es lo mismo, un viaje a bordo del transatlántico de lujo Cap Polonio, un asunto de espionaje y una partida

Eros, vida, deseo y aventura, todo ello contado por Arturo Pérez-Reverte de la mejor forma posible

de ajedrez. Pisar sobre seguro y entender el abismo pasional de los protagonistas en la edad del descreimiento y el cinismo, y sin embargo, atisbar esperanzas cuando parece que todo en la vida está finiquitado, es lo que consigue el escritor para regocijo de la literatura. Es la madurez la que otorga senti-

do a las andanzas del bailarín ejemplar y codicioso de bienes ajenos que es Max Costa, en quien se focaliza la acción del relato, cuya estructura milimétrica no para de dar saltos en el tiempo. "Los hombres dudan, recuerdan y mueren", dice el propio Max en un pasaje de la historia. Pero la certeza que trae consigo la sentencia no supondrá la claudicación a la que parecía abocado el personaje. La existencia depara sorpresas, y una de ellas pondrá en órbita todo lo bueno que hubo de acumular la vida para momentos como los que están a punto de vivir Mecha Inzunza y Max Costa, en un instante en el que el brillo de sus ojos es más un asunto de incontención de humores que de viveza en la mirada. Los pesares de la madurez, vista aquí con la melancolía de lo que se fue y con la perspectiva crepuscular que conlleva cumplir años, no tendrán señorío.

Como la muerte para Dylan Thomas, también *El Tango de la Guardia Vieja* se deja leer como una apuesta por la esperanza. Es cierto que ya en 1966 se había desvanecido cierto modo de transitar por la vida -"con sable y con caballo"-, pero hay asuntos que trascienden el tiempo y que ennoblecen los días de quienes mantienen la firmeza en sus convicciones sin sentir propensión a la vileza. El relato se convierte así en un manifiesto en defensa de la dignidad, sobre el influjo del amor y la perseverancia en la lucha por los sueños, a pesar de tantas ilusiones perdidas. La metáfora de la sombra extraviada y, finalmente, recuperada es también la imagen de toda una estirpe de personajes que han venido poblando las fábulas de Arturo Pérez-Reverte -el valeroso Húsar, el esgrimista Astarloa, Teresa Mendoza...-, dueños de sus destinos por imposición vital.

Tango a vida o muerte

Queda el tango: "Por el baile suele la doncella resbalar", reza el refrán que muchas madres argentinas todavía deben convocar cuando asisten a los enajenamientos que el tango provoca en la descompostura de las hijas. *El Tango de la Guardia Vieja* no admite jovialidades más allá de la música: cuando se baila no se compadrea, si acaso se dramatiza la pasión que vislumbra la imaginativa de los danzantes, pero siempre de un modo ceremonial y serio, nada de desarticulaciones festivas. Los peligros ya los dejó entrever un adelantado Marcel Proust en *A la sombra de las muchachas en flor*, cuando el narrador hablaba de aquellas mozuelas mal educadas que tanto irritaban a las familias de buena cuna. Tango a vida o muerte, lucha de contrarios para acabar siendo uno, uno y su sombra, uno y su amor, Mecha y Max. Eros, vida, deseo y aventura, todo ello contado de la mejor forma posible. |